



HOMILÍA DOMINGO XX DE TIEMPO ORDINARIO

Miami, 14 de agosto de 2022

Queridos hermanos y hermanas:

En la primera lectura de hoy, tomada del libro del profeta Jeremías, se narra uno de los acontecimientos más dramáticos de la vida de este profeta. El texto nos sitúa en el momento en que el ejército del imperio de Babilonia estaba sitiando la ciudad de Jerusalén para atacarla. Aquella invasión traería mucho sufrimiento y muerte. Como siempre, las víctimas serían las personas más vulnerables: los ancianos, los niños, las mujeres; en cambio, a los poderosos, al rey y sus oficiales, no les faltaba nada, pues estaban bien resguardados y listos para escapar en cualquier momento.

El profeta Jeremías proponía a las autoridades deponer las armas y evitar una tragedia que costaría muchas vidas y la destrucción de la ciudad. Era inútil resistir. Jeremías les decía: “El que se entregue a los babilonios sobrevivirá, tendrá su vida como recompensa y vivirá” (Jer 38,2). Jeremías no era un desertor, ni un colaboracionista de los invasores. Amaba a su pueblo y a su ciudad de Jerusalén. No hubiera querido nunca que fuera destruida, ni estaba de parte del ejército invasor, pero no quería que hubiese más sufrimiento y muerte.

El profeta sabía que no había posibilidades de sobrevivir e invitaba a aceptar la marcha de la historia como se estaba presentando, confiando en que aquella dolorosa situación entraba en los planes de Dios. Decía: “Así dice el Señor: esta ciudad será entregada con toda seguridad en manos del rey de Babilonia, y este se apoderará de ella” (Jer 38,3). Jeremías no actuaba como estrategia militar ni estaba movido por ningún interés político. Movido por Dios, el profeta solo pensaba en el bien del pueblo, sobre todo en los más pobres del país. A Jeremías lo que le interesaba era la vida de la gente. Por eso, abogaba por una salida pacífica ante la invasión extranjera.

La posición de Jeremías resultaba inaceptable para quienes tenían el poder. Al rey, a los militares y a los altos funcionarios de la monarquía les convenía la guerra por varios motivos. Podrían atribuir al ejército invasor la situación de miseria en la que vivía la población, que en realidad era consecuencia de la corrupción y de la injusticia que ellos habían impuesto en el país. Les convenía la guerra porque podrían distraer al pueblo de los grandes problemas sociales y políticos, alimentando vanas ilusiones nacionalistas con las que podían ejercer mayor control

sobre la gente. A los dictadores y a los déspotas siempre les convienen los desastres nacionales e intentan sacarles provecho para afianzar su poder.

Desde hacía mucho tiempo Jeremías se había vuelto incómodo para los poderosos, pues venía denunciando sus injusticias y desenmascarando los mecanismos de opresión de la monarquía, invitando a todos a cambiar de vida y volver a Dios. Por eso, en el momento dramático de la inminente invasión de los babilonios encontraron la oportunidad para deshacerse del profeta. Algunos serviles, que nunca faltan en estos sistemas corruptos, acusaron a Jeremías ante el rey con estas palabras: “¡Que este hombre sea ejecutado. Porque diciendo estas cosas desmoraliza a los pocos guerreros que quedan en esta ciudad y al pueblo entero! ¡Este hombre no busca el bien de este pueblo, sino su ruina!” (Jer 38,4).

Las acusaciones contra el profeta de Dios se podrían traducir hoy en estos términos que nos pueden resultar familiares: Jeremías “organiza grupos violentos, incitándolos a ejecutar actos de odio en contra de la población, provocando un ambiente de zozobra y desorden, alterando la paz y la armonía en la comunidad”. Todas acusaciones falsas y ridículas. Jeremías nunca fue violento, ni predicó la violencia, y fue acusado de subversivo; Jeremías amaba su ciudad de Jerusalén apasionadamente y fue acusado de ser agente del imperio y traidor a la patria; Jeremías predicaba la consolación y la esperanza para su pueblo y fue acusado de cometer crímenes de odio.

El rey de Judá y sus funcionarios decidieron arrojar al profeta en un pozo que existía en el patio de la guardia del palacio real: “Lo bajaron con ayuda de cuerdas. En la fosa no había agua, sino lodo; y Jeremías se hundió en él” (Jer 38,6). Querían acabar con el profeta y apagar de una vez su palabra incómoda que los acusaba continuamente. Así son los poderes tiránicos de ayer y de hoy. Con tal de mantener el sistema de opresión que han impuesto, conservar sus privilegios, aumentar sus riquezas y seguir sometiendo al pueblo, acusan con mentiras, levantan calumnias y procesan injustamente.

Esto de eliminar a los profetas es algo muy antiguo. Lo practican siempre los sistemas injustos, intolerantes y violentos. Antiguamente, echaban a los profetas en cisternas llenas de lodo, como le ocurrió a Jeremías (cf. Jer 38,6); o los expulsaban del país, obligándolos a exiliarse, como pasó con el profeta Amós (cf. Am 7,14-21); o los encarcelaban y les cortaban la cabeza como a Juan Bautista (cf. Mc 6,29); o intentaban despeñarlos desde lo alto de un monte como a Jesús, a quien después condenaron a morir en una cruz (cf. Lc 4,29). Hoy, esos mismos sistemas siniestros, injustos y criminales, que no soportan la verdad y que no están dispuestos a escuchar a Dios, calumnian y agreden a los profetas, les levantan falsas acusaciones y ofenden y denigran a la Iglesia.

Los tiranos no soportan la palabra profética que pone al descubierto su maldad y sus crímenes. Los poderosos de hoy temen a una Iglesia profética, quisieran ver a la Iglesia encerrada en la sacristía, con la boca cerrada y ojalá doblegada ante ellos. Al no lograrlo, se llenan de rabia con discursos agresivos con los cuales no hacen

más que mostrar su propia debilidad y la oscuridad de su conciencia. Pero todo es inútil. No nos dejemos intimidar. “La palabra de Dios no está encadenada” (2 Tim 2,9). Nada ni nadie puede acallar la voz de Dios que resuena en la humilde voz de los hombres que él ha elegido para hablar en su nombre.

Jeremías no se hundió en el fango del pozo. Un oficial del rey se conmovió y le salvó la vida (cf. Jer 38,7-9). Siempre hay gente justa y buena, incluso dentro de los sistemas más corruptos y violentos. A través de aquel hombre, Jeremías fue salvado por Dios. En la oscuridad del pozo Jeremías escuchó que Dios le susurraba al corazón, como lo había hecho al inicio de su ministerio: “No tengas miedo. Yo estoy contigo para salvarte” (Jer 1,5). Dios nunca abandona a sus profetas. Que no olviden esto los criminales que quieren acabar con ellos.

Dios no abandona ni a sus profetas ni a su pueblo. Por eso, el profeta no se calla, aunque esté hundiéndose en un pozo lleno de lodo, aunque esté siendo acusado injustamente o agredido por fuerzas tenebrosas y violentas. El profeta sigue llevando consuelo y dando esperanza y sigue denunciando toda injusticia que atente contra los seres humanos, pues el verdadero profeta “no debe rendir cuentas a ningún amo más que a Dios y no tiene otros intereses sino los de Dios” (Francisco).

Dios tampoco abandona a su pueblo. Por eso, el pueblo no debe perder la esperanza jamás. La última palabra no la tienen los tiranos. La historia la deciden los pueblos, gracias a su capacidad de soñar y a su esfuerzo por organizarse y resistir. La historia la deciden los pueblos que se apoyan firmemente en la fuerza del Dios liberador de toda opresión. La historia la deciden los pueblos que confían en el amor de Dios que les da fortaleza para luchar por liberarse de todo yugo inhumano.

SILVIO JOSÉ BÁEZ, o.c.d.
Obispo Auxiliar de Managua